La mosca

Pedro César Castillo Quiñones

Capítulo 1

La mosca

Ellos nunca supieron lo afortunados que fueron mientras la mosca seguía con vida. Incluso durante los últimos minutos de vida de la mosca, en sus momentos más agonizantes, la mosca nunca faltó en regalarles todo lo que deseaban.

Ambos hermanos fueron bendecidos a la par por las dádivas de la mosca. Ella nunca hizo distinciones entre los obsequios. Cuando el hermano más chico deseó adentrarse en el mundo de la música, la mosca le regaló su primer instrumento musical y cuando la hermana más grande deseó embellecer su cuerpo mediante el entrenamiento y el deporte, la mosca hizo lo posible por darle todo el equipo necesario, sobrepasando la necesidad por el gusto.

Al principio los hermanos pedían cosas simples, como juguetes y caramelos, pero conforme el tiempo avanzó ambos hermanos comenzaron a pedir y a exigir regalos más sofisticados y lujosos. Sin embargo, a la mosca no le molestaba para nada el esfuerzo que realizaba para conseguir los regalos. Le bastaba con ver la sonrisa y la alegría que emanaba de ambos hermanos.

La mosca nunca los juzgó, a pesar del comportamiento que ambos hermanos realizaban con su madre. Se postraba oculta por encima de algún mueble y lo observaba todo.

Contemplaba cuando la madre llegaba agotada del trabajo, cargando pesados expedientes, arrastrando la suela de los tacones Gucci, asfixiándose con el abrigo holgado Prada de color azul, y que la mosca admiraba en secreto. Se anonadaba en la belleza y el buen estilo que la madre ostentaba. La madre entró a su hogar, dejó caer los expedientes sobre la mesa de mármol. Volvió a saludar elevando la voz, pero fue el silencio quien correspondió su cálida llegada. Ninguno de los hermanos salió a recibirla, permanecieron enclaustrados en sus habitaciones, al fondo de un largo pasillo ataviado de fotos de ellos en distintos puntos y ciudades del planeta. El taconeo de la madre se escuchó progresivamente por el pasillo. La mosca alzó vuelo y la siguió, postrándose en la espalda de la madre, por debajo de su hombro izquierdo

Tocó la puerta de la hermana. Esperó respuesta, pero no respondieron. Abrió poco a poco y miró a su hija postrada en la cama, con las luces apagadas, con la almohada encima de su cabeza y con el celular encendido en su palma. La madre la saludó. No le respondieron. Entró al dormitorio, procurando no pisar con sus tacones la ropa deportiva Nike y Adidas que estaba desparramada por todo el suelo. La mosca se

entristeció un poco al ver la ropa maltratada.

Su hija no se movía y no le respondía. La madre se sentó junto a ella y pasó su mano, acariciando el brazo de su hija. Preguntó por última vez si estaba dormida o si se sentía mal, pero la hija de nuevo permaneció estática, callada. Parecía que incluso respiraba quedito para que su madre no la molestara. Después de unos segundos la madre se retiró, volviendo a caminar con cuidado y haciendo el menor ruido posible. La mosca observó desde la espalda de la madre como la hija alzaba lentamente la almohada de su rostro, esperando a que su madre saliera por completo. Cerró la puerta.

Su estómago gruñó y sus pies palpitaban por lo apretado del tacón, pero antes fue a la recámara de su hijo menor. Repitió la misma acción. Tocó la puerta primero y esperó respuesta. Esta vez si le respondieron, pero la voz de su hijo fue apagada, como cuando te obligan a responder preguntas que no quieres contestar. La madre abrió y se adentró en la habitación. Contempló a su hijo con unos enormes audífonos Beats Studio y tocando una preciosa guitarra Fender Jazzmaster color rojo sangre. Estaba componiendo y grabando música en una computadora de escritorio que la mosca le obsequió. Una computadora con un CPU de 32GB de memoria RAM sólida, 4 TB de memoria, con un procesador Intel Core i7 y una tarjeta de video Nvidia Zotac Gaming Geforce RTX 30 Series RTX 3060 de 12GB. Con esas especificaciones y a pesar de que la mosca no entendía ese lenguaje computacional, fue capaz de conseguir la computadora que tanto deseaba el hermano menor.

La madre no supo donde sentarse. La cama estaba ataviada de ropa, libros e instrumentos y su hijo estaba encorvado tocando la guitarra en la única silla de la habitación. Permaneció parada a pesar de que sus pies suplicaban un descanso. Ella le preguntó cómo está, pero él respondió rápido y sin mirarla. Sus ojos estaban sobre sus dedos en las cuerdas de su guitarra. La madre comenzó a contarle un cachito de su día en la oficina, pero se detuvo cuando vio que su hijo seguía con los audífonos puestos y con la atención en su música. Le preguntó si cenaría y el respondió no, luego, más tarde, y prosiguió dentro de su mundo. La madre no quiso demostrar una cara triste, así que dio media vuelta y se salió. La mosca miró nuevamente desde la espalda de la madre cómo el hijo menor se quitó los audífonos y se puso a responder sus mensajes de WhatsApp. Se cerró la puerta.

Así varias noches la madre cenó sola en la cocina. No quería interrumpir los quehaceres de sus hijos, y por lo mismo, les dejaba la cena preparada para cuando ellos decidieran salir a comer, y la mosca lo miraba todo desde las esquinas de la casa. Observó la misma rutina durante muchos años. La madre llegaba extenuada y los hijos permanecían encerrados en sus habitaciones o de farra por las calles nocturnas de Zona Rosa, Santa Fe, Polanco, Condesa y Coyoacán. Cuando la madre se quedaba sola, la

mosca la acompañaba en la habitación. La veía trabajar toda la noche, sentada frente a la computadora y atendiendo llamadas del tribunal donde trabaja. Una vez la madre tuvo un derrame dentro de sus ojos por tanto estrés acumulado. Le salieron varios cúmulos de grasa en la cabeza. Igualmente, por el estrés de la oficina. Presión alta, colesterol alto, problemas renales, debilidad en los músculos debido a la falta de ejercicio. Ella una vez le pidió a su hija que entrenaran juntas, pero su hija se negó, diciendo que no tenía tiempo.

La salud de la madre comenzó a deteriorarse, y la única que se dio cuenta de ello fue la mosca, que aún recuerda el día en que la madre fue hospitalizada de emergencia debido a un infarto en la oficina. Los hermanos estaban en casa cuando sucedió el accidente. La mosca se alegró cuando vio que los hijos se preocuparon en un inicio. Pensó que todos los regalos habían valido la pena. Sin embargo, la madre tuvo que quedarse más tiempo hospitalizada debido a otros problemillas que presentó, y fue ahí cuando los hermanos comenzaron a ir disgustados al hospital. El hermano le pidió a su hermana que cuidara a la madre por él para que pudiera seguir trabajando en su música, y la hermana quería que él cuidara de mamá para que nada ni nadie interrumpiera su entrenamiento.

Pasaron unos días y la madre aún no regresaba. Sonó el teléfono una mañana y contestó la hermana. La mosca voló cerca de la bocina para escuchar la conversación. Un amigo de la familia preguntaba por la madre. La mosca escuchó atenta toda la conversación. Está mucho mejor, respondió la hermana. Ya hasta está trabajando desde la camilla. Le llevamos su laptop y los expedientes que tenía pendientes. Dice mi hermano que ella se la pasa trabajando en su laptop mientras el se recuesta en el sofá y lee. La mosca se encontentó al saber que la madre regresaría mañana.

Al día siguiente regresó la madre, débil y con menos peso. Tenía que estar en reposo, pero la madre insistía en que debía solucionar algunos pendientes del trabajo. Esa misma noche la hija Salió a entrenar y el hijo salió a beber con unos amigos, así que sólo estaban la mosca y la madre.

La madre abrió la computadora y comenzó a pagar los gastos del hospital y de su medicamento. La mosca se horrorizó cuando vio los números tan altos. Quiso ayudarle a la madre, pero recordó que pronto sería navidad y que debía comprarles buenos regalos a los hermanos. Pensó que, si ellos estaban bien y felices con sus regalos, estarían con ganas de cuidar a su madre, así que ese año se esforzó por comprarles los mejores regalos.

Llegó la Noche Buena, y la familia cenó un poco de lo que la madre guisó todo el día. No hablaron de mucho al comienzo. La hija le pidió a la madre dinero para entrar a un concurso deportivo que se realizaría en Estados Unidos y el hijo le dijo una noticia que, para él era buena, pero para su

madre fue devastadora. Decidió dejar la universidad para dedicarse de lleno a la música. La madre le respondió enojada que debía terminar la universidad, pero el hijo respondió lo que todos los jóvenes artistas creen crédulamente, cegados por el sueño; los mejores artistas dejaron la universidad y se enfocaron sólo en crear arte. La madre no sabía nada de arte ni de artistas, pero estaba segura de que su hijo debía terminar la universidad. La mosca miró todo desde la pared, y recordó que años atrás, la hija y la madre tuvieron exactamente la misma discusión. La hija igual abandonó la universidad para dedicarse de lleno al deporte. Hace pocos años de eso, y la hija no se había ni acercado tantito a lo que es su sueño. Tenía miedo de que lo mismo vaya a pasarle al hijo menor.

La noche terminó en pleito. Hubo gritos, enfados y mucha tristeza reprimida. La madre no soportó más estar en la mesa y se fue a encerrar en su recámara, mientras ambos hermanos se quedaron en la sala, en silencio, pensando que su madre era una cuadrada y esclava de la oficina.

La mosca quiso arreglar la situación e hizo aparecer los regalos bajo el árbol. Los hermanos se maravillaron cuando observaron sus regalos. Al hermano le regaló un Iphone 12 y a la hermana le regaló un juego de pesas profesionales. Se miraron mutuamente, y sintieron remordimiento por la discusión. Fueron a la recámara de su madre, despacio, y cuando iban a tocar la puerta, el lloriqueo de su madre los detuvo. Ninguno de los dos tuvo el valor de interrumpir el llanto que la ahogaba. La hermana miró a su hermano y le dijo, mejor mañana le pedimos perdón. El hermano estuvo de acuerdo, y ambos se metieron en sus habitaciones.

La mosca se entristeció al ver tal escena. No lo podía creer. Así que cuando los hijos se marcharon, la mosca entró por debajo de la puerta para ver a la madre. Pasó, y la vio llorando dentro de su baño. Se colocó en ella, y quiso decirle que sus hijos se perdonarían con ella en la mañana, pero cuando lo quiso hacer, la madre comenzó a estrujarse y a tocar su pecho. La mosca alzó vuelo, y la miró caminar en la oscuridad de la habitación, tambaleándose hacia la puerta. La mosca comenzó a volar en círculos, estresada. Miró cuando la madre cayó rendida en el suelo.

La mosca salió de la habitación de la madre para advertirles a los hermanos. Entró primero en la recámara de la hermana. Estaba haciendo ejercicio, estrenando sus nuevas pesas. Estaba sudorosa y escuchaba música con volumen alto. La mosca se acercó a ella. Voló a su alrededor, queriendo llamar su atención. La hermana la vio. Fue la primera vez que miró a la mosca. Ella levantó su brazo y la empujó fuerte. ¡Largo mosca! Le gritó, mientras la mosca salía expulsada con vehemencia. El empujón fue capaz de lastimar su cuerpo, pero no bastó para que siguiera intentando. Miró que la hermana no saldría, así que fue con el hermano. Pasó por debajo de la puerta y lo miró tocando la guitarra. Repitió el mismo movimiento. Voló frente a su cara, se postró en sus dedos, zumbó

sus alitas para que lo escuchara. Le gritaba que saliera, que su madre estaba muriéndose en la habitación, pero él no reaccionó. Sólo lanzaba golpes al aire, alejándola de su guitarra. La mosca agonizaba, pero hizo un último vuelo. Se acercó de nuevo a su rostro en el escritorio de la computadora. Lo miró a los ojos, y el hermano la miró. Le hizo señas, moviendo las alas, moviendo sus patitas. El hermano se levantó, dejando la guitarra en el suelo. La mosca se alegró. Pensó que finalmente le había entendido. Su corazón se encontentó, pero después, lo único que sintió sobre todo su cuerpo fue un baño de espray. Sus músculos se volvieron locos. Alzó vuelo desorientada, estrellando su rostro contra todo. Comenzó a temblar y a ahogarse mientras intentaba mantener el vuelo, que lentamente la desorientaba. Lo último que logró hacer fue salir de la habitación, volando bajo, chocando su cabeza contra el suelo.

El hermano no vio cuando la mosca se salió y siguió tocando la guitarra. No fue hasta el día siguiente, pasando el medio día, cuando él y su hermana salieron de la habitación para desayunar. Ambos salieron sincronizados de sus habitaciones y se saludaron tibiamente. ¿¡Mamá!? Dijo la hermana, pensando que su madre le respondería desde la cocina. El silencio respondió tranquilo. Qué raro, dijo el hermano menor, ella siempre se levanta temprano. ¡¿Mamá?! Fue su turno de preguntar. Se miraron extrañados. Caminaron hacia la recámara de la madre. ¡¿Mamá?! El hermano tocó la puerta. Nadie respondió. ¡Cuidado! Dijo la hermana y señalando al suelo. ¿Qué pasa? Preguntó él. Miró también para abajo. Una mosca muerta, casi te ensucias el zapato con ella.